

LIBROS

Félix de Azúa:
Del poder
y del nombre

Al final, cuando la investigación ha concluido, Hugo puede dictaminar culpable. Apenas a sus pies, tras doscientas páginas de ese especial filtro del tedio cotidiano pasado por el monólogo interior y la reflexión externa y aguda, Hugo puede asegurar que él "era un hombre sin principios. Todo lo utilizó en provecho propio, arruinando la vida de aquellos que se le acercaron para darle calor y compañía, pues él despreciaba esas ventajas y sólo le interesaba el poder". Termina una novela, *Las lecciones suspendidas* (1), en la que Félix de Azúa, además de recorrer mitos de su generación, ambientes tocados por los maestros más inconfesados y modos de escritura en los que la ambigüedad es premisa necesaria, traza un discurso imaginario sobre ese hecho, filosofía y cotidianidad, que es el poder.

En la débil frontera entre la vida y la muerte, en un aire de fiesta carnaval, el personaje de Félix de Azúa comienza su peregrinación por lo cotidiano en busca del nombre. Fuera, personajes y máscaras: algunos, de tintes realmente humanos; otros, emblemas voluntariamente estilizados, van preparando una trama que sería bastante para interesar al lector, si no hubiera, además y por encima, la reflexión permanente, no sólo en el discurso mismo, sino en el modo en que éste ha sido escrito. Efectivamente, ese individuo sin principios, condenado a la muerte, que es simplemente porque aparece, y que ambiguamente narra la novela, ve desdibujarse su propia figura, una figura que nunca tuvo contornos prefijados, a búsqueda de su identidad.

Aparece aquí el poder como la inmensa máquina, impersonal —o justo el fundamento de lo que conocemos como persona—, de la

que apenas puede escaparse por la muerte. Ni siquiera los que quisieron colocarse en sus márgenes pueden sentirse realmente fuera. Tal vez, la maquinaria del poder —que traspasa al Estado, lo multiplica, lo convierte en absoluta presencia permanente y ambiguamente obsesiva— necesita también de esos seres marginales, carne de esperpento. Nombres que son sombras, Félix de Azúa ha querido que sus personajes se muevan con el ritmo oscuro de los sueños, aunque una implacable lógica, unos valores pútridos pero activos, mueven los hilos de la farsa.



Félix de Azúa.

El discurso se produce como si fuera pensado. Los diálogos falsos, acotados por un uso atípico del paréntesis, permiten el salto de perspectivas y añaden ambigüedad al personaje narrador. Las palabras funcionan, como en la poesía, cargadas de su propia lógica, cerrando en la sintaxis un sentido cada vez más complejo, y concediendo a veces, pocas, el valor de nombramiento descriptivo, adjetivo. La frase, más que gramatical, responde larga y complicada a los ritmos de la razón, y sólo un debilísimo hilo casi subyacente evita la frialdad que este lenguaje —ligado, por otra parte, a lo mejor de nuestra tradición— transmite. El texto, con su escasa llamada a los sentimientos, con su apoyo en lo racional, en el lector macho de la novela moderna, es —salvo en la ventanita del epílogo— opaco y

con vocación de autónomo: es, antes que otra cosa, reflexión imaginaria, representación analógica de lo real. Quiere significar y significa. Pero queda esa otra lectura: tal vez *Las lecciones suspendidas* sea, antes que otra cosa, una historia de amor. Una historia terrible y simple, escondida y castrada por el saber y por el poder, sublimar y obsesiva, desgraciada, con la grandeza de los fracasos y la miseria de los fracasos. Tal vez es la historia de una desilusión, en la que entran todos los mitos: Diótima o Clestina. Cuando él se desencuentra definitivamente,

cuando las presencias sucesivas no pueden ser la única mujer, llega la muerte. Tampoco, ni siquiera en la perspectiva de ese gran lector que es Félix de Azúa, el amor puede salvar. Y aunque ella, la mujer de tantos nombres, escurridiza y agazapada en los huecos de la memoria, llega a encarnar la búsqueda, él, radicalmente ajeno al mundo, separado a la caza de su nombre, por el uso mismo de la palabra, no ha sabido o no ha podido tender el puente. Hugo es drástico: "Debió buscarla por todas partes. Debió volver a los lugares que ella habitó. Buscó sin esperanza, pues bien sabía él cuál era el único lugar que la contenía". "Sí, porque ya ella, de haberla encontrado, no sería la misma". ■ ROSA MARIA PEREDA.

La magia
de las cosas
cotidianas

Desde Rousseau, el enfrentamiento entre civilización —sociedad— y Naturaleza, constante aunque bajo formas diversas, ha dado frutos de interés en la literatura y en el arte. El *hombre de arena* (1), de Jean Joubert, se inscribe en esa línea de búsqueda de la vida elemental y rechazo de la artificiosidad industrial y civilizada; uno de los títulos anteriores de Joubert, *Un bon sauvage*, explicita ya los derroteros del novelista que, en *El hombre de arena*, sin búsquedas formales, sigue una línea narrativa simple: de cualquier modo, en el lenguaje se percibe siempre la presencia del poeta, la utilización frecuente de imágenes espontáneas que denuncian el trasfondo surrealista de la formación del autor; en su lírica —no olvidemos que Joubert es, además de narrador, poeta—, expone como característica más notoria de su escritura la conciliación entre la pasión real y la pasión soñada, también presente en *El hombre de arena*: de hecho, la mayoría de las páginas dejan a un lado el relato puro para penetrar en el movimiento anímico del protagonista: fugitivo de la civilización urbana, se convierte, paradójicamente, en agente de esa civilización destructora en medio de la naturaleza más primitiva y elemental: unas marismas del Sur, aún vírgenes y salvas de la industria, del turismo o cualquier otra invasión; sólo la sal, su olor impregnando los ámbitos por los que se dispersan veloces caballos de largas crines sin montura, arenas invioladas ni holladas, mujeres de acre sudor que huelen a pimienta son el fondo de un cuadro protagonizado por unos lugareños que defienden sus tradiciones, la inviolabilidad de sus tierras pese a las promesas que la sociedad del dinero les hace: pero ya conocen lo que tras el dinero viene: la ristra de banqueros, políticos y arquitectos sólo dejarán la destrucción en un entorno

(1) Jean Joubert: "El hombre de arena". Trad. Emma Calatayud. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1977.

(1) Félix de Azúa: "Las lecciones suspendidas". Ediciones Alfaguara. Madrid, 1978.